

al verde soto en que pacer solia
con los otros caballos; así Páris,
del alcázar de Pérgamo saliendo,
vestida la armadura, que brillaba
como la luz del sol, por la ancha calle
marchaba envanecido y con ligera
planta corría. Y á su fuerte hermano
alcanzó, cuando el héroe se alejaba
ya del paraje en que á su dulce esposa
hablado había por la vez postrera.

Y fué el hermoso Páris el primero
que así le dijo: «¡Respetable hermano!
»quizá cuando impaciente deseabas
»salir de la ciudad, más de lo justo
»te hice esperar, y mucho en mi palacio
»me detuve, y no vine tan ligero
»como tú me encargaras.» Cariñoso,
Héctor le respondió: «¡Gallardo Páris!

»Hombre ninguno que en su justo precio
»sepa estimar las bélicas hazañas,
»las tuyas con razon despreciaria,
»porque no eres cobarde. Pero á veces
»de propia voluntad ménos ardido
»te muestras, y no quieres animoso
»pelear; y á mí entónce en el pecho
»el corazon se aflige, porque escucho
»las injuriosas voces que profieren
»contra tí los Troyanos, que su sangre
»por tí derraman en penosas lides.
»Mas ya partamos, que en mejores dias
»esta fatal rencilla acabaremos,
»si el soberano Jove nos concede
»copa de libertad en el alcázar
»ofrecer á los dioses inmortales,
»cuando de Troya en pavorosa fuga
»logremos alejar á los Aquivos.»

LIBRO SÉPTIMO

ARGUMENTO

*Vuelve Héctor de Troya con su hermano,
y animase el ejército troyano.
Tienen luego un combate muy reñido
Ajax valiente y Héctor aguerrido;
y una tregua establecen con cordura
para dar á los muertos sepultura.*

QUICHAS estas palabras, presuroso
salió de la ciudad y le seguia
su hermano Páris, é impacientes mu-
dentro su corazon ambos estaban [cho
por volver al combate y la pelea.
Como á los navegantes, si cansados
están ya de romper las crespas olas
con el remo pesado, de repente
un Dios envia favorable viento

cuando más le desean y rendidos
por la fatiga están; así á lo suyos,
cuando con más anhelo suspiraban
por su vuelta, los dos se presentaron.

Quitó la vida Páris á Menestio,
en Arna habitador, y del valiente
Príncipe Areitoó, tan afamado
por su destreza en manejar la clava,
nacido y la gentil Filomedusa.

Héctor hirió tambien cerca del cuello
con su cortante poderosa lanza
al valiente Eyoneo, por debajo
del capacete, y le quitó la vida.

Gláuco despues en la comun pelea
hirió cerca del hombro con su lanza
á Ífinoó, que del valiente Dexio

era nacido y al brillante carro
iba á subir, que por veloces yeguas
era tirado; y en la arena el triste
cayó privado del vital aliento.

Cuando Minerva vió que furibundos
las escuadras aqueas destruian
los dos hermanos, de las altas cumbres
descendió del Olimpo en rauda vuelo
al campo de Ilion. Mas á encontrarla
Apolo, que á los Teucros la victoria
deseaba, salió; porque subido
en la torre de Pérgamo, la viera
bajar del cielo, y cerca de las hayas
habiéndola alcanzado, así la dijo:

«¿Por qué otra vez en vagoroso vuelo,
»hija del alto Jove, aquí bajaste
»del Olimpo, y á qué inflamado en ira
»el corazon, á la batalla vuelves?
»La dudosa victoria á los Aqueos
»vendrás á dar; que inexorable y dura,
»aunque en las lides perecer los veas,
»no tienes compasion de los Troyanos.
»Pero si ya siguieras mi dictámen
»(y más útil sería), la batalla
»y los combates hoy los dos haremos

»que cesen, y otro día los Aquivos
 »á la lid volverán, hasta que logren
 »á Ilión arruinar; ya que vosotras,
 »las inmortales, deseais airadas
 »esta gran capital ver destruida.»

Minerva respondió: «¡Lo que deseas
 »hágase, Febo! La efusión de sangre
 »yo también á evitar, desde las cumbres
 »del Olimpo bajé, y en las escuadras
 »penetré de los Griegos y Troyanos.
 »Mas ¿de qué modo conseguir esperas
 »que los combates cesen?» Á la Diosa
 Apolo replicó: «Del valeroso
 »Héctor al fuerte corazón diremos
 »que desafie en singular batalla
 »á pelear con él á algún Aquivo;
 »y éstos, airados al oír sus voces,
 »animarán á alguno de los suyos
 »para que salga á combatir con Héctor.»

Dijo Apolo, y Minerva escuchó dócil
 su consejo. Y habiendo conocido
 Heleno, hijo de Príamo, cuál era
 el querer de los Dioses, á su hermano
 acercándose, dijo estas palabras:
 «¡Héctor, en la prudencia comparable
 »al mismo Jove! ¿Ejecutar querrías
 »lo que te diga yo, siendo tu hermano?
 »Haz que se paren los Aquivos todos
 »y los demás Troyanos, y arrogante,
 »de los caudillos griegos al que sea
 »el más valiente, en singular batalla
 »á combatir contigo desafia;
 »que el término fatal de tu carrera
 »aun no llegó: de los eternos Dioses
 »yo he escuchado la voz que lo asegura.»

Así Heleno decía, y al oírle
 el héroe se alegró. Y adelantado
 entre las dos escuadras, á los suyos,
 empuñando la pica por en medio,
 mandó parar, é inmóviles quedaron:
 y Agamenon también á los Aquivos
 detuvo con su voz. Minerva y Febo,
 tomando de dos aves la figura,
 á ocultarse volaron en la encina
 á Jove consagrada, deseosos
 de presenciar el duelo; y por hileras
 en la arena las tropas se asentaron,
 de broqueles cubiertas y de yelmos,
 y de espantables picas erizadas.
 Como al moverse el céfiro las olas

se encrespan de la mar y la llanura
 del agitado ponto renegrea;
 así á la vista entónces parecían
 las hileras de Aquivos y Troyanos
 en la arena sentadas; y Héctor dijo:

«Oid, Troyanos y valientes Griegos,
 »lo que el ardido corazón me inspira.
 »El hijo de Saturno, el que en las nubes
 »tiene su trono, que la paz jurada
 »se guardase no quiso, y muchos daños
 »ha de hacer todavía á ambas naciones,
 »hasta que por vosotros destruida
 »la fuerza sea de Ilión, ó muertos
 »quedeis todos al pié de los navíos.
 »Mas este día, pues están presentes
 »los más bravos de todos los Aqueos,
 »el que quisiere en singular batalla
 »con Héctor pelear, salga de filas
 »con esta condición, de que testigo
 »Jove nos sea. Si la vida el Griego
 »acaso me quitare, de las armas
 »me despoje y las lleve á los navíos;
 »pero entregue á mis tropas el cadáver,
 »para que los Troyanos y Troyanas
 »le quemem y sepultem mis cenizas.
 »Si al campeón de Grecia yo venciere,
 »porque esta gloria me conceda Febo,
 »quitándole al cadáver la armadura,
 »á Ilión la llevaré para colgarla
 »en el templo del Dios; mas el cadáver
 »enviaré á las naos, porque puedan
 »el funeral hacerle sus amigos,
 »y levanten su túmulo en la costa
 »del rápido Helesponto. Y algún día,
 »cuando en los siglos venideros cruce
 »por el oscuro mar un navegante
 »en ligero batel, dirá á su vista:
 »*Aquel es el sepulcro de un Aquivo,*
 »*muerto en la edad pasada. Por su mano,*
 »*y cuerpo á cuerpo, le mató el famoso*
 »*Héctor.* Así dirán los navegantes,
 »y eterna quedará mi nombradía.»

Dijo, y enmudecieron los Aqueos,
 que evitar por vergüenza el desafío
 no osaban, y temían admitirle.
 Al fin el valeroso Menelao
 se levantó, y con ánimo afligido
 en estas duras infamantes voces
 de todos acusó la cobardía:

«¿Qué es esto, jactanciosos, que nombraros

»Aqueas deberíais y no Aqueos?
 »¡Qué negra mancha en nuestro honor cayera
 »indeleble, si alguno de los Dánaos
 »no se ofreciera á pelear con Héctor!...
 »¡Ah! ¡Si os viera yo á polvo reducidos!...
 »Pero permaneced sentados todos
 »y llenos de temor y de ignominia,
 »y yo mismo saldré con el Troyano
 »á combatir; que los eternos Dioses
 »de lo alto del Olimpo á los guerreros
 »conceden, si les place, la victoria.»

Habiendo hablado así, de todas armas
 el héroe se vistió. Y en aquel día
 hubieras perecido, oh Menelao,
 á manos de Héctor, porque más forzudo
 era que tú y valiente, si de Acaya
 los adalides todos no se hubieran
 levantado cuidadosos é impedido
 que al combate salieses. Mas su hermano
 asíóle de la diestra, y le decía:

«La razón te abandona. Esa imprudencia
 »te puede ser fatal; tu ardor reprime,
 »por más que esté tu corazón sentido,
 »y por despique batallar no quieras
 »con un competidor más esforzado
 »que tú, con Héctor, á quien temen todos,
 »y aún Aquiles, que mucho te aventaja
 »en valor, encontrarse en la pelea
 »con él temía. Al escuadrón te vuelve,
 »y en él tu puesto ocupa; que los Griegos
 »harán que se levante otro caudillo
 »y con Héctor combata. Y aunque sea
 »intrépido el troyano, y deseoso
 »esté siempre de guerra, yo aseguro
 »que con placer se entregará este día
 »al descanso, si vivo de este duelo
 »huir lograré á su ciudad.» El héroe
 así dijo, y la mente del hermano
 inclinó con sus útiles consejos.

Cedió, pues, Menelao, y de los hombros
 le quitaron alegres la armadura
 los escuderos. Levantóse triste
 Néstor, y hablando con los Reyes, dijo:

«Este día, ¡oh dolor! día de llanto
 »deberá ser para la Grecia toda.
 »¡Oh, cuánto, si esto viese, gemiría
 »el anciano Peleo, el elocuente
 »arengador y consejero sabio,
 »y Rey de los Mirmidones, famoso
 »otro tiempo jinete! En su morada

»de todos los caudillos de la Grecia
 »me preguntaba un día cuáles fuesen
 »los ilustres abuelos y los hijos,
 »y mucho de escucharme se alegraba.
 »Y pronto oírás decir que todos ellos,
 »al sólo nombre de Héctor consternados,
 »tiemblan; y muchas veces á los Dioses,
 »con las manos al cielo levantadas,
 »pedirá que del cuerpo desatado,
 »baje al orco su espíritu afligido.
 »¡Ojalá, padre Jove, Pálas, Febo,
 »que tan jóven yo fuera como el día
 »que en la márgen del raudo Celadonte,
 »habiéndose encontrado las escuadras
 »de Pilos y de Arcadia, las falanges
 »gran batalla se dieron á la vista
 »de los muros de Feya y del Jardano
 »cerca de la corriente! El más temido
 »campeón de los Árcades, que en fuerzas
 »á los eternos Dioses igualaba,
 »Ereütalion era, y la armadura
 »del Rey Areitoó puesta tenía.
 »Este fué un adalid á quien llamaron
 »varones y matronas el *macero*,
 »porque no usaba de arco en la pelea
 »ni de pica, y sólo con su maza,
 »guarnecida de hierro, las falanges
 »rompía en las batallas. Y Licurgo
 »á traición le mató, no porque fuese
 »más valeroso; que en angosta senda,
 »donde esgrimir la maza no podía,
 »habiéndole encontrado, con su lanza
 »el pecho le pasó. Quedó tendido
 »sobre la arena, y de las armas todas,
 »que le otorgara en don el mismo Marte,
 »le despojó; y después en la pelea
 »él las llevaba. Cuando ya Licurgo,
 »de vejez oprimido, no salía
 »de su palacio, las brillantes armas
 »á Ereütalion, que de escudero
 »le servía, cedió, y éste en la guerra
 »de ellas usaba.—Y defendido entónces
 »con la fuerte armadura de Licurgo,
 »en alta voz á los caudillos todos
 »de nuestra gente fiero provocaba;
 »pero todos temían y ninguno
 »se atrevía á salir al desafío;
 »cuando yo audaz y de temor ajeno,
 »y en el vigor del ánimo fiado,
 »me presenté en la lid, aunque más jóven

»era que todos, y en terrible lucha
 »le combatí, y Minerva la victoria
 »me concedió. Y por más que agigantado
 »y fortísimo él fuese, yo la vida
 »le quité, y en el suelo ya caído
 »largo trecho ocupaba. ¡Ah! si tan mozo
 »fuese yo como entónces y las fuerzas
 »íntegras conservara, el formidable
 »Héctor con quien lidiar hallara presto.
 »Y este día vosotros, que de todas
 »las escuadras aqueas las más fuertes
 »sois y más valerosos, ¡ni osadia
 »teneis para salir á ese Troyano!»

Así el valiente Néstor la flaqueza
 culpaba de los otros capitanes,
 y hasta nueve esforzados campeones
 se alzaron á su voz. El poderoso
 Agamenon, caudillo de las tropas,
 se levantó de todos el primero;
 le siguió el belicoso Diómédes,
 le siguieron despues los dos Ayaces,
 de intrepidez y de valor armados,
 y le siguió tambien Idomeneo
 y su fiel escudero Meriónes,
 y Eurípilo, y Toante, y el astuto
 Ulíses, porque todos deseaban
 con Héctor combatir. Alegre al verlos,
 volvió Néstor á hablar y así decia :

«Echad suertes, y aquel á quien tocare,
 »el consuelo será de los Aquivos :
 »y él mismo, ¡qué placer habrá en el alma
 »si con vida saliere del combate!»

Así dijo el anciano: y todos ellos,
 haciendo en una tarja cierta nota,
 en el cóncavo yelmo las echaron
 de Agamenon. Y en tanto los Aquivos
 á los Dioses. las manos levantadas,
 fervorosa plegaria dirigian ;
 y así algun campeón, al alto cielo
 vueltos los ojos, en silencio dijo:

«Da, padre Jove, que la suerte salga,
 »ó de Ajax, ó del hijo de Tideo,
 »ó del Rey poderoso de Micéna.»

Y Néstor, entretanto, diligente
 en el casco las suertes agitaba
 y súbito salió la que pidieran :
 la de Ajax. Y un heraldo, por las filas
 corriendo y por la diestra comenzando,
 á los nueve adalides la mostraba
 uno por uno, y todos respondian

que aquella no era suya. Cuando al fuerte
 Ajax llegó, los otros recorridos,
 y la tarja que él mismo con su nota
 señalara mostró, para tomarla
 Ajax tendió la diestra, y el heraldo
 se la entregó, y al conocerla, mucho
 se alegró el héroe. Y á sus piés la tarja
 en el suelo arrojando, así decia :

«Esta es mi tarja, amigos, y me alegro
 »dentro del corazon, porque no dudo
 »que he de vencer al campeón de Troya.
 »Así, miéntras me visto la armadura,
 »rogad vosotros al Saturnio Jove
 »en lo interior del alma y silenciosos
 »para que no lo entienda el enemigo,
 »ó en alta voz ; que yo no temo á nadie.
 »Porque nadie á la fuerza y mal mi grado
 »me hará volver la espalda, ni tampoco
 »por impericia mia ; que tan rudo
 »ni yo nací ni me educó mi padre,
 »en Salamina.» Dijo, y sus guerreros
 por él rogaron al Saturnio Jove.

Y así alguno, la vista levantando
 al anchuroso cielo, suplicaba :

«¡Glorioso padre Jove, que de Troya
 »el númen siempre tutelar has sido,
 »y el mayor eres de los Dioses todos!
 »á Ajax concede que brillante triunfo
 »alcance en este día ; ó si tan caro
 »te es Héctor y tu diestra le defiende,
 »igual honra y valor á ambos otorga.»

Así decian, y entretanto el héroe
 se revistió de sus fulgentes armas ;
 y cuando tuvo puesta la armadura,
 animoso marchó. Como el terrible
 Marte camina, cuando airado sale
 á la guerra cruel de aquellos hombres
 á los cuales el hijo de Saturno
 entregó á la discordia asoladora ;
 tal este día el campeón temido,
 el firme antemural de los Aqueos,
 Ajax, marchaba en arrogantes pasos ;
 y entre torvas miradas sonreía,
 fácil blandiendo la robusta lanza.

Á su vista los Griegos se alegraron,
 y de espanto y terror sobrecogidos,
 todos los Teucros tímidos temblaban.
 Y Héctor mismo latir dentro del pecho
 algo agitado el corazon sentia ;
 pero mostrar temor no le era dado,

ni retirarse ya y en las hileras
 de los suyos entrar, pues él habia
 al duelo provocado á los Aquivos.

Cuando llegó del adalid troyano
 Ajax á la presencia, se detuvo
 con su broquel cubierto, que una torre
 semejaba y de bronce era forrado,
 y siete grandes cueros le formaban
 de toro, y un artífice le hiciera
 en Hila habitador, Tiquio llamado,
 el más diestro de todos los armeros.—
 Éste fué el que le hiciera aquel escudo
 de variada labor, con siete pieles
 de robustos novillos, y cubrióle
 con lámina de bronce que formaba
 el octavo doblez.—Delante el pecho
 Ajax llevando, pues, su grande escudo,
 se paró ya cercano al enemigo,
 y así le amenazaba y le decia :

«¡Héctor! aquí verás de solo á solo
 »que campeones los Aquivos tienen,
 »áun cuando falta el valeroso Aquiles,
 »que las escuadras rompe y en su pecho
 »un corazon abriga semejante
 »al de un fiero leon. Si ocioso ahora
 »en sus naves está, porque irritado
 »así de Agamenon vengarse quiere,
 »encierra nuestro campo todavía
 »capitanes, y muchos, que contigo
 »á batallar se atreven. Así, pronto
 »comienza tú el primero la pelea.»

Héctor le respondió: «¡Oh esclarecido
 »Ajax de Telamon, de los Aqueos
 »poderoso adalid! No tú presumas
 »como á débil rapaz intimidarme,
 »ó cual si mujer fuera y no supiese
 »lo que son de la guerra las fatigas.
 »Sé lo que son combates y derrotas,
 »sé ligero mover á todas partes
 »el escudo de pieles fabricado,
 »é infatigable soy en la pelea.
 »Sé combatir á pié y en cadencioso
 »movimiento cargar al enemigo ;
 »sé desde el carro pelear valiente.
 »Mas ni áun así, á traicion y aprovechando
 »algun descuido tuyo, herirte quiero ;
 »sino, pues de valor haces alarde,
 »cara á cara y leal, si lo consigo.»

Dijo, y con ambas manos rodeando
 su gruesa lanza, la arrojó, y del Griego

logró romper el poderoso escudo
 por la plancha de bronce, que el octavo
 doblez formaba, y la indomable punta
 la atravesó cortando los dobleces
 hasta llegar al sétimo, que firme
 resistió, y en la piel quedó clavada.

Ajax tiró despues su larga pica,
 y acertó á dar en el escudo plano
 de su enemigo. La acerada punta
 pasó por la rodela relumbrante,
 y atravesando la coraza, enfrente
 se clavó junto al brazo y por el medio
 la túnica rompió; mas ladeóse
 Héctor, y así evitó la negra muerte.

Arrancaron los dos sus luengas astas
 de los fuertes escudos con la mano,
 y á embestirse volvieron, semejantes
 á dos fieros leones ó cerdosos
 valientes jabalies. Y el primero
 Héctor de cerca al campeón aquivo
 dió una lanzada en el ingente escudo ;
 mas no llegó á romper el duro bronce.
 y se torció la punta. Entónces Ajax
 arremetió, y furioso en la rodela
 le dió un bote de lanza. Y penetrando
 la punta por el bronce, al animoso
 Héctor detuvo en la veloz carrera
 cuando con nuevo ardor acometia,
 y en el cuello le hirió rasgando el cútis
 y salió roja sangre; mas el héroe
 ni áun así desistió de la batalla.

Dió atrás algunos pasos, y cogiendo
 con la robusta mano una gran piedra
 negruzca y puntiaguda, que en el llano
 por acaso yacia, al grande escudo
 le tiró del Aqueo y logró darle
 del broquel en el centro prominente,
 y en torno el bronce resonó espantoso.

Ajax otro peñasco alzó de tierra
 mucho mayor, y el brazo rodeando
 y afirmando la planta, con inmenso
 esfuerzo le arrojó y de la rodela
 quebrantó lo interior, cual de molino
 si una rueda la hiriese. Y la rodilla
 maltrató del Troyano, que de espalda
 cayó en la arena del broquel asido ;
 pero pronto de tierra le alzó Febo.

Y más de cerca ya, con las espadas
 hubieran peleado, y de mortales
 heridas se cubrieran, si cuidadosos